

# SENSEMAYA: UNA EXCELENTE ANTOLOGIA

DESDE la aparición de la «Lira Negra», recopilada por José Sanz y Díaz, editada por primera vez en 1947, y con una segunda edición en 1962, no se había producido en España un esfuerzo ordenador de la poesía negra como el que hoy comentamos (1). Y debe señalarse que éste, realizado por Aurora de Albornoz y Julio Rodríguez Luis, en cuidada edición de Editorial Orígenes, nos ofrece una muy amplia selección cuyo criterio de ordenación de los textos supera, y pensamos que ampliamente, las anteriormente conocidas porque salva —con la seguridad de quienes conocen cabalmente el tema—, los escollos de la sistematización geográfica a la que generalmente conduce este trabajo. Tampoco caen, por ello, en extremos igualmente superados. Anotan los autores: «El criterio que nos ha guiado no es ni puramente histórico —lo cual hubiese exigido, entre otras cosas, la inclusión de ejemplos del tema negro en la poesía romántica—, ni tampoco exclusivamente estético, sino la determinación de un ciclo originado por el interés en el negro, pero dirigido al cabo hacia la identificación con éste como elemento sociocultural activo en aquellas sociedades donde el negrismo se desarrolló con más fuerza. Cuando esta identificación se cumple, el movimiento, en cuanto tal, cesa». Esta opción nos presenta, sin embargo, instancias donde la aparición de la poesía negra adquiere mayor coherencia histórica.

Es indudable que la presencia del negro en el mundo hispánico encontró eco casi inmediato en las letras, y en «Los precursores», esta antología nos presenta cuidadas muestras de ello, extraídas de las obras de Lope de Vega, Góngora, Lope de Rueda, etc. Asimismo, se encuentran también ejemplos en el mundo hispanoamericano colonial, que los autores incluyen, seguidos, en la parte primera, de una breve selección de cantos líricos y populares de carácter anónimo, rastreados en los siglos XVIII y XIX. El trabajo exige, desde luego, un esfuerzo adicional para comprender correctamente lo que significa la integración del negro en el mundo americano. Un mundo y una presencia que no son ya Afri-

(1) Aurora de Albornoz y Julio Rodríguez Luis, *Sensemaya: la poesía negra en el mundo hispanohablante*, Madrid, Editorial Orígenes, 1980.

ca, como tampoco Europa, que ha sido la portadora; es América, pero a la vez, ésta resultaría incomprendible sin todas sus raíces. Y el mundo negro es una de ellas. Ciertamente, por razones histórico-geográficas el negro ha quedado agrupado en zonas que se encuentran marcadamente sobre el Atlántico. En tanto en el Pacífico su presencia se ha reducido a Ecuador, Perú y el occidente mexicano, en el Atlántico los descendientes del esclavo africano se encuentran extendidos de norte a sur, desde Virginia, en América del Norte, hasta el Río de la Plata, pasando por zonas de mayor adensamiento, que se concentran en las Antillas. Allí donde tuvo mayor desarrollo el sistema de plantaciones, se concentró una mayor cantidad de africanos. La caña de azúcar en Brasil y las Antillas, el café, el tabaco y el algodón en el sur de los Estados Unidos, demandaron un empleo masivo de negros esclavos. Y la presencia del negro en América ha dejado una impronta que puede apreciarse en todas las regiones y en muchas de las manifestaciones de la vida colectiva. Muchos de los trabajos de Julio Le Riverend, o de Roger Bastide, para citar algunos, podrían iluminar suficientemente sobre lo afirmado.

Aquí nos encontramos, precisamente, con una de las aportaciones importantes de esta antología. Más allá de la excelente muestra poética que nos alcanza, nos revela la existencia de múltiples subculturas de raíz africana en los países centroamericanos y en Brasil. Signo este que nos informa de la continuidad de un proceso integrador, que no renuncia, no obstante ello, al reencuentro con sus raíces. El Vudú, en Haití y otros países centroamericanos donde se ha extendido con diversas formas, mezcla estrechamente un conjunto de creencias y ritos provenientes del continente africano con las prácticas de la religión católica que los negros esclavos recibieron como aportación de sus amos blancos. Algo similar ocurre en Bahía, con la fiesta de Oxalá, mito africano, que se corresponde con la festividad de Nossa Senhora do Bonfim.

Se puede leer, asimismo, en esta antología, el pasaje de la poesía negra desde una pura actitud intelectual —el descubrimiento del negro como objeto poético— hasta la toma de conciencia, por ese mismo negro, de su explotación, de su marginalidad. Y ese es, justamente, el momento de búsqueda de sus ancestros con mayor intensidad —toda cultura, todo grupo social que se revela, busca su identidad históricamente—; es el retorno con mayor fuerza a las voces africanas, a la poetización de sus ritos; es el momento de la poesía de Nicolás Guillén, entre otros.



Pensamos que este trabajo debe acogerse con el entusiasmo que ha de prodigarse hacia las cosas que, por rescatar, renuevan. Porque nos acerca una veta literaria de la América hispanohablante que si bien es cierto ha desencadenado su mayor tensión creadora hacia los años treinta, no por ello deja de estar presente en las letras iberoamericanas de todos los tiempos. El tantas veces mencionado «boom» de la novela hispanoamericana ha dejado en segundo plano, por su importancia innegable, estas manipulaciones literarias. Sin embargo, no estaría demás recordar que uno de sus más valiosos autores, Alejo Carpentier, fue a la vez fundador junto con Jorge Mañach, Juan Marinello y Jorge Ichazo, de la revista **Avance**, que se editó entre 1927 y 1930, y donde encontraron expresión muchos de los cultores de la poesía negra. El trabajo realizado por Aurora de Albornoz y Julio Rodríguez de Luis tiene, por otra parte, el respaldo de una seria labor erudita, y el atractivo de haber sido escrito con una fluidez que lo aproxima al lector no especializado, pero atento al mundo de la cultura. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ

## MATERIALES PARA LA HISTORIA DE MURCIA

MURCIA es una de las provincias sobre las que ha pasado una indudable marginalidad en cuanto a lo que a los estudios históricos respecta. Quizás porque como aseguran María

Ieresa Pérez Picazo, Guy Lemou-  
nier y Chacón Jiménez, autores de  
una aportación en este terreno (1),  
Murcia no tiene historia, aunque  
ellos logren acercarse a su inter-  
pretación y a procurar que otros  
hagan esa misma interpretación  
histórica.

Un primer elemento en la interpre-  
tación histórica es la consideración  
del medio físico, en el que la aridez  
característica de Murcia, con la más  
baja pluviosidad de la Península  
Ibérica y sin duda alguna de Euro-  
pa, constituye no sólo un determi-  
nante de las incidencias socio-  
históricas de la región, sino tam-  
bién una base de identificación  
común a lo que los autores de este  
trabajo consideran «una región de  
caracteres físicos y humanos bas-  
tante complejos». En dicho medio,  
la falta de lluvia, o las inesperadas  
crecidas e inundaciones paradójica-  
mente también características  
de Levante, han creado una inse-  
guridad que han provocado un  
fuerte impacto en las mentalidades  
de todos los grupos sociales. Las  
ya fuertes tendencias hacia la ruti-  
na, el empirismo y el conservadurismo,  
propios de las comunidades  
agrícolas, se vieron acentuados  
por temor a que cualquier innova-  
ción deteriorase el frágil equilibrio  
ecológico existente. En cuanto a  
las clases dominantes, procuraron  
sujetar a sus campesinos con la  
dura disciplina que el regadío exi-  
gia. En todo momento estas clases  
detentaron una mentalidad ahorra-  
tiva y conservadora con una tenaz  
resistencia al cambio. Por otra parte,  
la dura disciplina del regadío  
orientó el comportamiento social  
del huertano hasta bien entrado el  
siglo XX.

En lo que respecta a las ciudades  
murcianas, éstas son producto de  
las grandes comarcas naturales  
que integran la región y en conse-  
cuencia, su importancia estará en  
función de la riqueza, extensión y  
fisonomía de ellas. La única excep-  
ción es Cartagena, auténtica **polis**,  
que debe su vida al comercio a  
larga distancia y a la marina de gue-  
rra.

Otra característica es la resistencia  
multisecular de las estructuras, te-  
niendo como consecuencia que  
los elementos de permanencia lle-  
ven ventaja sobre los de cambio.

Contrariamente a lo que piensan  
muchos el monte tiene en Murcia  
una gran importancia, siendo un

elemento esencial de la economía  
local. Aporta un conjunto de pro-  
ductos «naturales» complementa-  
rios y en caso de crisis, sustitutivos  
de los productos de cultivo. Tam-  
bién el monte es un refugio para los  
elementos marginados de la so-  
ciedad (bandoleros, contrabandis-  
tas, etc.).

Regadío, secano y monte son ob-  
jeto de formas de propiedad y ex-  
plotación diferentes.

El monte es, por lo general, zona  
de explotación colectiva: la muni-  
cipalidad sólo administra una parte,  
como dehesas y pastos.

En el secano y regadío, aunque las  
explotaciones sean pequeñas a  
menudo, la tierra se reparte esen-  
cialmente entre grandes y media-  
nos propietarios de explotación,  
indirecta (arrendamiento, aparce-  
ría). La región murciana es una pa-  
tria de pequeña propiedad opuesta  
a la estructura latifundista de la  
Mancha o Andalucía. En la huerta y  
en el campo de Murcia hasta el si-  
glo XX dominan la gran y mediana  
propiedad, aunque fragmentadas  
en gran número de parcelas diver-  
sas. La propiedad eclesiástica  
ocupa entre el 10 y el 12 por 100 de  
las tierras. Sin embargo, en el  
transcurso de los siglos la gran  
propiedad va reforzándose princi-  
palmente primero a un movimiento  
de amortización eclesiástica en el  
periodo de los siglos XVI y XVIII, y  
después, en el XIX, por todo lo con-  
trario, por la desamortización.

Los derechos señoriales, salvo al-  
gunas excepciones, aparecen muy  
ligeros, sobre todo si se los com-  
para a los que imperaron en el ve-  
cino reino de Valencia.

Las condiciones humanas de la  
agricultura murciana confieren a la  
región una fisonomía de explota-  
ción incompleta a causa de la débil  
densidad de la ocupación humana  
y del bajo nivel tecnológico. El  
campesino, en su gran mayoría, o  
explota su parcela, o es un jorna-  
lero sobre cuyos presupuestos el  
peso de la fiscalidad no eclesiás-  
tica parece relativamente ligera.  
Sin embargo, la fragilidad de recur-  
sos, unido a un peso global fuerte  
del régimen fiscal general sobre las  
clases no exentas, convierten el  
crédito en un elemento fundamen-  
tal de los grupos mesocráticos y  
del campesinado.

Aún antes de que se produzca en  
otros lugares la revolución indus-  
trial, Murcia es una región sub-  
industrializada. Todos los elemen-  
tos para una industria metalúrgica  
se encuentran aquí reunidos, pero

desaprovechados por la estrechez  
del mercado local y la ausencia de  
espíritu de empresa de la burgue-  
sía. Las iniciativas industriales son  
o efímeras o de baja calidad (la se-  
dería de Murcia) o coyunturales (la  
cuenca minera) y no se constitu-  
yen jamás como polos suscepti-  
bles de arrostrar el desarrollo de la  
región. Al llegar al siglo XIX, las  
pequeñas uniones fabriles que  
existen no pueden calificarse de  
verdadera industria. Todos ellos  
son semiartesanales, apenas utili-  
zan el vapor y están escasamente  
capitalizados.

En Murcia los grupos privilegiados  
no poseen el espíritu ni la concep-  
ción del mundo adecuados para  
promover su propio modelo de in-  
dustrialización. Ni siquiera realizan  
el paso previo a todo proceso de  
industrialización: la remodelación  
de las relaciones agrarias. Al no  
hacerlo, fue imposible a la oligar-  
quía de propietarios conseguir una  
acumulación de beneficios impor-  
tantes, elevar el nivel de vida popu-  
lar y conseguir un mercado local lo  
suficientemente elástico. Al pro-  
ducirse un desarrollo moderno en  
otros países y en otras regiones,  
Murcia quedará rezagada y su es-  
tructura económica se deteriorará  
progresivamente hasta casi fosili-  
zarse.

Resumiendo, se tiene la impresión  
de que en Murcia, durante la Edad  
Moderna, se origina no un estan-  
camiento, sino que se llega al siglo  
XX mediante un largo proceso de  
involución. Se pasa de una eco-  
nomía abierta a la mar y a la tierra,  
dinámica, hambrienta de espacio, a  
su negativo: retracción, rarificación  
de los cambios, incapacidad de re-  
novación. Es decir, un pequeño  
mundo que lucha por sobrevivir.

En lo que respecta a la estructu-  
ración de la sociedad, ésta se con-  
figuró del siguiente modo:

1.º El estrato superior formado  
por una oligarquía urbana de rentis-  
tas a la cual estuvo integrada el  
clero hasta la **desamortización**.  
Un conjunto del 3 al 4 por 100 de  
vecinos, durante la Restauración, y  
que tuvo como origen, por un lado  
y un pequeño número de casos,  
una raíz feudal (Murcia registra du-  
rante el siglo XVI el más bajo por-  
centaje de hidalgos de Castilla) y  
por otro lado, la gran propiedad y el  
comercio locales.

2.º El estrato intermedio, de  
más difícil análisis, en el que se  
encuentran los **labradores**, me-  
diante acomodados y determina-  
dos grupos urbanos con un aba-  
nico muy diverso de situaciones

(1) *Materiales para una historia del reino de Murcia en los tiempos modernos*. M. T. Pérez Picazo, Gy Lemoumier, F. Chacón Jiménez. Universidad de Murcia. Secretariado de Publicaciones. Murcia, 1979. 203 págs.

socioprofesionales: profesiones liberales, pequeños comerciantes y maestros de talleres artesanales y ya en el siglo XIX, los funcionarios.

3.º Estrato inferior, con gran superioridad numérica. En el medio urbano está compuesto por los jornaleros y artesanos. Los primeros formaban una verdadera masa hambrienta y sin trabajo la mayor parte del año, constituyendo en realidad una avanzada del medio rural en el sector urbano. En lo que respecta a los artesanos su estatus se deteriora con la industrialización a la par que su situación económica. Los obreros en el sentido moderno de la palabra, excepto en Cartagena, sólo constituyeron grupos aislados en la región hasta bien avanzado el siglo XX, lo que explica el retraso y falta de arraigo del movimiento obrero.

Pasando a los grupos rurales éstos están integrados por los arrendatarios de pequeñas parcelas, los pejugaleros y los jornaleros y a mayor distancia de ellos, los pastores; «otocheros», hortelanos, etc. Los pequeños arrendatarios y los jornaleros verán deteriorarse su situación en la segunda mitad del siglo XIX.

4.º Los grupos exteriores al sistema, de los que para la época moderna tendrán trascendencia los comerciantes extranjeros, sobre todo en Cartagena, y los gitanos, y en época anterior los moriscos.

De la oligarquía de rentistas que constituyó el estrato superior de las comarcas murcianas surgieron las élites del poder local.

Sobre las mentalidades, se puede señalar la disociación entre los sec-

tores oligárquicos y los populares, y como las masas populares urbanas constituyen una especie de «puente» entre la cultura del mundo rural y la urbana. En segundo lugar, hay que hacer notar la ausencia de discontinuidades ideológicas como las que se producen en otros países o incluso regiones españolas. Por ejemplo, la posesión de la tierra, sigue considerándose como indicador de clase, constituyendo la inversión esencial. En tercer lugar, es notable la presencia de actitudes básicamente ahorrativas y conservadoras, con tendencia a la seguridad por encima de cualquier consideración. Y por último, es preciso señalar un lento deterioro en las inquietudes culturales, con un desprestigio en el siglo XIX de las profesiones de tipo intelectual. ■

**JUAN MAESTRE ALFONSO**

## HOMOSEXUALIDAD: EL ASUNTO ESTA CALIENTE (\*)

**P**ARTE del título del texto: «El asunto está caliente»(1) procede del encabezamiento de uno de los volantes bilingües (chicano-inglés) que se repartieron en Nueva York, en 1969, cuando la problemática gay ganó las calles.

Razones sociales, científicas, religiosas y económicas favorecen que el homosexual se acepte y aun se muestre como tal. Analiza la sociedad que lo margina y critica la estructuración monogámica y patriarcal de una familia (herencia judeo-cristiana) reflejo del esquema amo-esclavo, en el que el padre es el jefe, la madre la sierva fiel y los hijos, la inversión para el futuro.

La homosexualidad fue aberración, sacrilegio, pecado y todavía hoy, para algunos, enfermedad. Todos los sistemas totalitarios la persiguen, sean de derecha o de izquierda, mientras que las democracias burguesas aparentan tolerancia pero la reducen a los ghettos. «Una sexualidad sin límites, sin prejuicios, equivaldría a dispo-

ner de una mentalidad y de un cuerpo al margen de los esquemas, de los deberes reglamentados, y esta libertad, la más básica, se opondría a la opresión negando las jerarquías. De ahí que la persecución del sentimiento y del acto homosexual por parte de los viejos hebreos, la Inquisición, el nazismo, el estalinismo, el franquismo o el maccartismo, no sea una simple coincidencia» (pág. 15).

A partir de 1969 los gays toman conciencia de que su liberación no puede provenir de una sociedad sustentada en la propiedad privada, egoísta, intolerante y reaccionariamente religiosa. En muchos casos se unen a los postulados de lucha feminista y a los de otros grupos radicales.

En ese mismo año, se crea en Barcelona el primer grupo gay: Agrupación Homosexual para la Igualdad Sexual (AGHOIS) bajo un régimen, el franquista, para el que la homosexualidad es un delito, lo mismo que para la jerarquía de su Iglesia.

Cabe una mención al cinico papel que asumen los psiquiatras (torturadores científicos) del sistema; en muchos casos adoptan el rol de los inquisidores, en lugar de la hoguera o el potro de los tormentos, se valen del electroshock, las lobotomías, las inyecciones de insulina, la proyección de escenas de homosexuales con descargas eléctricas sobre el paciente, para asimilarlo a la «norma».

La primitiva moral judía reprime y castiga la homosexualidad. Los pueblos vecinos no sólo la aceptan sino que en algunos casos la consideran sagrada. Los hebreos imponen una dinámica social alrededor del hombre-jefe-padre-todopoderoso (así en la tierra como en el cielo).

Cuando el cristianismo se transforma en la religión oficial del Imperio Romano, pierde su carácter no agresivo y se difunde a través de la verdad de la violencia. «Durante quince siglos la Iglesia Católica Romana definió a la homosexualidad como crimen nefasto, y muchos miles de hombres y mujeres fueron condenados a la muerte por ello» (pág. 31).

En España, la situación de los grupos marginados ha sido desgarrante. Ya en la época de los visigodos, los homosexuales son quemados en la hoguera como pide la Iglesia, luego penados con la castración. Siglos más tarde, en los reinos de Castilla y León, se los cuelga por los pies después de ser castrados públicamente. Los Reyes Católi-



(\*) Anabitarte, Héctor y Lorenzo, Ricardo: «Homosexualidad: el asunto está caliente»; ed. Queimada; Madrid, 1979.